

LAS VIDAS
DE LOS
PADRES DE LOS DESIERTIOS

PRIMERA PARTE

SOLITARIOS DE LA TEBAIDA

SAN PABLO, PRIMER ERMITAÑO

San Pablo es llamado el primer ermitaño. Antes de él otros habian podido retirarse al desierto para servir allí á Dios ; pero él es el primero de los anacoretas de quien tenemos un conocimiento seguro y que pertenece á la historia. Tuvo por testigo á San Antonio y, á San Jerónimo por historiador. El P. Marin hace notar que San Jerónimo era un crítico esclarecido, al mismo tiempo que un severo juez, como lo probó denunciando valientemente á algunos solitarios á quienes reprendia de haber conservado el espíritu del mundo y á otros á los que acusaba de entregarse excesivamente á las abstinencias. Por lo demás, parece que escribió la vida de San Pablo, no solamente para rendir homenaje á las virtudes que perfumaban el desierto y embellecian la Tebaida « con las flores de Cristo, » sino tambien para poner término á las exageradas relaciones que

principiaban á correr sobre el primer ermitaño. « Hay algunos, dice él, que quisieran hacen creer que Pablo vivía en un antro subterráneo y que los cabellos le caían hasta los talones, á todo lo cual añaden otras fábulas semejantes que ellos mismos se forjan, las que yo no creo deber tomarme la pena de refutar. »

Él no refuta, en efecto, esos cuentos ridiculos é infundados », pero restablece la verdad narrando lo que de cierto se sabía sobre la fe y los comienzos de Pablo. « En cuanto á lo que pasó desde su juventud hasta su vejez, lo mismo « que de las tentaciones del diablo que tuvo que sufrir y « venció, nadie tiene conocimiento. »

San Jerónimo, como es sabido, habitó la Tebaida, y fué viviendo como San Pablo, en donde San Pablo había vivido, cuando tomó la resolución de escribir su historia ¹.

Pablo nació en la Baja-Tebaida ², reinando Alejandro Severo, en el año 228 ó 229 de Jesucristo. Sus padres eran ricos y le hicieron instruir en las lenguas griega y egipcia; pero, como eran fervorosos cristianos, se aplicaron sobre todo á hacerle también cristiano. Quedó huérfano á la edad de quince años no teniendo otra familia que una hermana ya casada.

La persecución que Decio y Valeriano excitaron en aquel tiempo hacía sentir más particularmente en el Egipto y la Tebaida; por lo cual tomó la determinación de ocultarse en una casa de campo, ya sea que desconfiara de sí mismo, ya que Dios quiso ocultarle de la persecución de los tiranos, para hacerle en la soledad el jefe de los mártires de la penitencia.

¹ San Pablo murió hacia el 342 y San Jerónimo nació hacia el 331.

² La Tebaida formaba una de las divisiones del Egipto, al Sud; era también llamada el Egipto superior, á causa de su posición con respecto al curso del Nilo. Hoy día se la llama también el Saïd. Por el este y el oeste, la Tebaida estaba limitada por desiertos y dividida, según unos, en siete prefecturas ó provincias y, según otros, en diez y seis.

Pero cuando creía estar seguro, descubrió que su cuñado se había decidido á entregarle á los perseguidores, para aprovecharse de la confiscación de sus bienes, que eran considerables. Nada fué capaz de ablandar el corazón de este miserable; ni el temor de Dios, ni los derechos de la alianza ni la juventud de Pablo, ni las lágrimas de su hermana. Pablo se vió obligado á salvar su vida con una segunda fuga y á buscar entre las bestias salvajes una seguridad que no encontraba entre los hombres.

Al principio no se alejó mucho, no siendo quizás otro su intento que ceder por algún tiempo á la tempestad; pero familiarizándose poco á poco con los horrores del desierto é internándose cada día más en las vastas soledades de aquel país, llegó finalmente á una montaña en la que había una cueva cerrada, cuya entrada franqueó para ver lo que contenía.

Encontró en ella como un vestibulo formado por ramas de una palmera entrelazadas y junto á ella una fuente cuyas cristalinas y puras aguas, después de haber formado un pequeño riachuelo, se perdían en la tierra á poca distancia de su origen. Parecía que este lugar hubiese sido alguna otra vez habitado; porque veíanse por los alrededores ruinas de casitas en las que se encontraban buriles, yunques y martillos, lo que hizo creer á algunos autores egipcios que allí se fabricaba moneda falsa, en tiempos de Marco Antonio y de Cleopatra.

Esas pequeñas comodidades hicieron que Pablo considerara este lugar como una mansión que la Providencia le había preparado para servirle de morada. Renunció á todas las esperanzas del siglo y fijó su residencia en esta cueva por todo el resto de sus días. Cuando se le hubieron gastado sus vestidos, se hizo una túnica de hojas de palmera. Los frutos de este árbol sirvieron para alimentarle y el agua de la fuente para apagar su sed. Encontrando, pues, en

este lugar con que alimentarse y vestirse, no deseó ya otra cosa alguna para la manutencion de su cuerpo y dedicó todos los cuidados á la santificacion de su alma.

Su modestia nos ocultó los ejercicios que practicó en su largo retiro ; pero los prodigios que Dios hizo en su favor y la elevada contemplacion á la que fué levantado, muestran suficientemente que su vida fué allí más angelical que humana y que si permaneció largo tiempo oculto en el secreto del rostro de Dios, gustó todas las ventajas de la virtud perfecta.

En esta vida celestial habia él perseverado hasta la edad de ciento trece años, cuando el Señor quiso darle á conocer á su Iglesia por medio de San Antonio, que vivia entonces en la soledad y que tenia ya noventa años. La ocasion de este feliz descubrimiento fué que cierto dia al gran Antonio le vino el pensamiento de que, antes de él, nadie habia llevado una vida perfecta en el desierto. La noche siguiente, Dios le hizo conocer la ilusion de este pensamiento, revelándole en sueños que habia un solitario más adentro del desierto que le superaba en edad y en méritos y que debia apresurarse á irle á ver.

Antonio, fiel á la voz de Dios, apenas despuntó el dia, tomó su baston y se puso en camino, sin tener miramiento á la debilidad de su cuerpo oprimido por el peso de los años y gastado por las austeridades. Era ya medio dia, y los ardores del sol, que en aquellos desiertos son terribles, no habian detenido sus pasos ; cuando he aqui que encuentra delante de si un monstruo que tenia la mitad del cuerpo semejante al de un hombre y lo restante al de un caballo.

Al ver esto, temió que no fuese arte del demonio y fortificándose con la señal de la cruz, le dirigió la palabra para saber de él dónde vivia el siervo de Dios. Este monstruo, balbuceando yo no sé qué barbaridadés, extendió los bra-

zos para mostrarle el camino que debia seguir y emprendió inmediatamente la fuga.

San Jerónimo, que narra esto, pone en duda si esto era un fantasma con que el demonio queria atemorizar á Antonio y hacerle desistir de su empresa, ó si era un monstruo real, como los que se encontraban algunas veces en Africa y sobre todo en la Tebaida ; á lo cual podria añadirse que Plinio asegura haber visto uno semejante en Roma, cuyo cuerpo se habia (Plin. l. 7. embalsamado. c. 3.)

Sea de esto lo que quiera, no fué solamente el monstruo lo que encontró Antonio en su camino. Poco después, cuando atónito estaba todavia pensando en esto, vió otro, de diferente figura, en el fondo de un pedregoso valle. Era de talla pequeña ; tenia la nariz retorcida, cuernos en la frente y piés de cabra. Antonio acudió nuevamente á la señal de nuestra redencion y, con esta arma espiritual, no temió acercarse á él y preguntarle quién era.

Este, menos uraño que el primero, presentóle dátiles en señal de benevolencia y le dijo con voz articulada : « Yo « soy mortal y uno de los habitantes de los desiertos á quienes adoran los paganos bajo los nombres de Faunos, Sátiros é Incubos. He sido enviado á ti por los de mi especie con el fin de rogarte que ofrezcas por nosotros votos á aquel que es tu Dios y el nuestro y que sabemos « haber venido para la salud del mundo. »

El santo viejo no pudo oírle publicar la gloria de Jesucristo sin hacer reventar por un torrente de lágrimas de alegría la que él sentia en su corazon. Golpeaba la tierra con su baston y decia en el ardor del celo de que estaba poseido : « ¡ Maldicion á ti, Alejandria, que adoras á los « monstruos como Dioses ! ¡ Maldicion á ti, ciudad adúltera, « que te has convertido en asilo de los demonios esparcidos por toda la tierra ! ¿ Cómo te escusarás ahora ? Las

« bestias publican las grandezas de Jesucristo, y tu tributas
« á esas bestias honores debidos á Dios solo. »

Este monstruo no aguardó á que le hiciese otras preguntas, sino que empezó á huir con tanta velocidad como si tuviese alas. « Y esto, añade San Jeronimo, no parezca increíble, puesto que, durante el reinado de Constancio, « fué llevado á Alejandria uno de esos sátiros vivo, al que « salaron despues de muerto para llevarlo á Antioquia y « mostrarlo al emperador. »

Sin embargo nuestro santo viajero no encontraba otro camino que seguir sino las huellas de las bestias salvajes; y hacia ya dos dias que caminaba sin saber todavía á dónde debia ir, permitiéndolo así Dios para poner á prueba su fe. Habiendo llegado la noche, pasóla toda entera en oraciones á fin de obtener del cielo nuevas luces. Al rayar el alba, divisó á lo lejos una loba que, jadeando de sed, corría á lo largo de la montaña. Siguióla con la vista hasta tanto que se hubo alejado completamente, y acercándose al mismo lugar, llegó á la cueva donde vivia el que buscaba.

Miró por dentro para ver si habia alguien, pero era tan grande la oscuridad que nada pudo descubrir. No se desazonó por esto; y deteniéndose un rato para descansar, avanzó luego á tientas hasta que habiendo distinguido á lo lejos una pequeña claridad, no dudó ya de que fuese aquella la morada del solitario que Dios le revelara.

El gozo de haberle encontrado le dió más valor. Redobló el paso y, con la precipitacion con que andaba, chocó contra las piedras é hizo ruido; de modo que el habitante de aquel solitario lugar, cuyo silencio nadie hasta entonces habia interrumpido, le oyó y cerró la puerta de su celda.

Antonio, al verse rechazado, se echó en tierra junto al umbral de la puerta, y le rogó en los términos más conmovedores que no le privase del consuelo que desde tan lejos y con tanta pena habia venido á buscar. « Vos sabeis, le de-

« cia él, quién soy yo, de dónde vengo y la intencion que
« me ha traído aqui. Concedo que no soy digno de veros,
« pero no me retiraré que no haya tenido esta dicha. ¿ Re-
« husaréis á los hombres la entrada en vuestra cueva siendo
« así que la concedéis á las bestias? Yo os he buscado y os
« encontré; al presente llamo á vuestra puerta. Si no puedo
« obtener que me abrais, he resuelto morir suplicándooslo,
« y espero que por lo menos tendreis la caridad de darme
« sepultura. »

Pablo fingió no rendirse y le respondió desde dentro de la celda: « nadie suplica con amenazas ni mezcla con injurias las lagrimas. ¿ Cómo quereis que yo os reciba cuando « decís que no habeis venido más que para morir? « Al mismo tiempo abrió la puerta, sonriéndose dulcemente y, dándose un mútuo abrazo con aquella tierna caridad que une á los Santos entre sí, se llamaron mútuamente por su propio nombre, por el conocimiento sobrenatural que Dios les dió.

En seguida, hicieron juntos su oracion para dar gracias al Señor; despues de la cual, habiéndose dado nuevamente el ósculo de paz, Pablo se sentó junto á su nuevo huesped y le habló en estos términos: « Ved ahí al que habeis buscado con tanta fatiga, cuyo cuerpo consumido por la vejez está cubierto de canas. Ved ahí á este hombre que se « halla ya al término de su carrera, próximo á convertirse « en polvo. Pero, puesto que la caridad lo sufre todo, decí- « cidme, os ruego, ¿ cómo va el mundo? ¿ Hácense nuevos « edificios? ¿ Quién reina hoy? ¿ Todavía hay hombres ciegos que adoren á los demonios? ».

Antonio satisfizo á todas estas preguntas; y mientras estaban así conversando, un cuervo les llevó un pan entero que dejó en tierra junto á ellos. Esto fué para los dos Santos un nuevo motivo de alabar la misericordia del Señor. « Ved, dijo Pablo; ¡ cuán bueno es Dios para procurar por

nuestro sustento ! Hace años que todos los dias me envia del mismo modo medio pan. Hoy, que habeis llegado vos, nos hace traer doble porcion, para hacer ver el cuidado que toma de los que le sirven. »

Renovaron la accion de gracias y se sentaron junto á la fuente para tomar su refeccion ; pero cuando se trató de partir el pan, quisieron cederse recíprocamente el honor de partirlo. Pablo insistia fundándose en los derechos de la hospitalidad y Antonio en los de la edad. Convinieron por último y cada uno, tomando el pan de su lado, guardó, trayéndolo hácia sí, la porcion que le quedaba en la mano.

Toda la noche siguiente se pasó en oracion ; y por la mañana, volviendo á su piadosa conversacion, dijo Pablo á Antonio : « Hace largo tiempo, hermano mio, que yo tenia noticia de que morabais en este desierto. Hace largo tiempo que Dios me habia prometido que vos emplearíais como yo vuestra vida en su servicio. Pero he ahí que ha llegado ya mi última hora, y, habiendo yo siempre deseado unirme con Jesucristo, no me queda ya sino recibir de su mano la corona de justicia. Este divino Maestro os ha enviado para sepultar mi cuerpo, ó por mejor decir, para que devolvais la tierra á la tierra. »

Antonio, al oírle hablar de su muerte como próxima, se derretia en lágrimas y le suplicaba que no le abandonase ó que pidiese á Dios que le siguiera tambien él en este paso ; mas Pablo le respondió : « Vos no debeis desear lo que os es más ventajoso. Está fuera de duda que sería para vos una gran dicha el ser libertado del peso de este cuerpo mortal ; pero vuestros hermanos tienen todavia necesidad de nuestro ejemplo. Yo os suplico, pues, si no es daros demasiada pena, que vayais á tomar la capa que os dió el obispo Atanasio y la traigais para sepultarme. » Él le hacia esta súplica, no porque se preocupase mucho de ser sepultado envuelto ó no en una capa, sino que queria ale-

jar á Antonio durante algunos dias y no darle la pena de verle morir. A más de que con esto demostraba que moria en la comunión de San Atanasio, el invencible defensor de la fe ortodoxa contra la heregia arriana.

Con estas palabras de la capa de Atanasio, Antonio reconoció todavia más que el espíritu de Dios residia en este Santo ; puesto que solamente por revelacion podia saber que este prelado le hubiera hecho el regalo de dicha capa. Así que, no se atrevió á replicar y contentándose con derramar abundantes lágrimas, le besó los ojos y las manos y partió para su monasterio.

El deseo de volver á ver á San Pablo le hacia ser más diligente. Habría dicho que todo el vigor de su espíritu habia pasado á su cuerpo ya gastado. Al llegar á su monasterio, sus discipulos, á quienes su ausencia habia puesto en cuidado, se presentaron á él y le preguntaron en dónde habia estado. Pero en vez de contestarles, estando como estaba lleno del recuerdo de las virtudes de Pablo, golpeábase el pecho y exclamaba compungido : « ¡ Desdichado de mi, miserable pecador, que tan injustamente llevo el nombre de solitario ! He visto á Elias, he visto á Juan en el desierto, y para hablar mejor y con más verdad, he visto á Pablo en un paraiso ».

Estas palabras excitaron todavia más la curiosidad de sus discipulos é hicieronle aun mayores instancias para obligarle á que se explicara ; mas él no les respondió otra cosa que las siguientes palabras de la Escritura : *Hay tiempo de hablar y tiempo de callar* : y sin pensar solamente en tomar alimento alguno, tomó la capa de San Atanasio y apresuróse a volver hacia San Pablo, temiendo, como así sucedió, que muriese durante su ausencia.

Apenas habia andado tres horas, cuando de repente vió á San Pablo subir al cielo rodeado de una brillante claridad en medio de los espíritus bienaventurados. « ¡ Ah ! exclamó

« entonces, arrojándose al suelo y cubriendo de arena su « cabeza ; ¡ Ah Pablo ! ¿ porqué me abandonas ? ¿ Porqué « no me dás al menos el consuelo de decirte adiós ? ¿ Es « preciso que yo te pierda tan pronto habiéndote conocido « tan tarde ? »

Al mismo tiempo aceleró el paso, é hizo el camino que le faltaba con tanta diligencia que él mismo se admiraba. Habiendo llegado á la cueva, encontró el cuerpo del santo de rodillas, levantada la cabeza y con las manos tendidas hácia el cielo. Esta posicion, que naturalmente no podia ser la de una persona muerta, le hizo pensar, no obstante la vision que habia tenido, que Pablo vivia aun, y púsose junto á él para orar ; pero, no oyéndole respirar, como acostumbraba á hacerlo durante la oracion, reconoció que estaba muerto y se echó sobre su cuello para darle un triste beso.

Despues de haber consolado algun tanto su dolor con esta señal de ternura, sacó el cuerpo fuera de la cueva para sepultarlo, cantando himnos y salmos segun el uso de la Iglesia. Pero cuando quiso preparar la fosa, no encontrando ningun instrumento para cavarla, se vió muy embarazado. « Si vuelvo al monasterio, se decia á si mismo, necesito tres « dias para estar de vuelta ; si me quedo aqui, nada adelantado. Más vale, pues, ó Jesús, divino Maestro mio, que « yo muera y que siga á vuestro valeroso soldado, exhalando « mis últimos suspiros junto á él. »

Mientras razonaba así, Dios le envió dos leones que vinieron del fondo del desierto, haciendo flotar sobre su cuello sus largas crines. Antonio tuvo al principio algun miedo al verles, y levantó su espíritu á Dios para implorar su socorro. Pero aquellos animales, deponiendo su natural ferocidad, se acercaron al cuerpo de San Pablo, se echaron á sus piés, le acariciaron con su cola y dieron grandes rugidos, para testificar á su manera el sentimiento que les causaba su muerte. En seguida, escarbando la tierra con

sus uñas, y echando como á porfia la tierra de uno á otro lado, abrieron una fosa capaz de contener los preciosos despojos del santo ; despues de lo cual, como si quisieran pedir á Antonio la recompensa de su trabajo, vinieron á él meneando las orejas, y bajando la cabeza, lamiéronle los pies y las manos.

Antonio, con estas caricias tan poco naturales en aquellos feroces animales, reconoció que le pedian su bendicion. Tributo gloria á Jesucristo cuya divinidad parecian reconocer aquellas bestias y en su lugar le dirigió esta corta súplica : « Señor, sin cuya voluntad no cae una sola hoja « de los árboles ni perece el más pequeño pajarito, dad á estos leones lo que Vos sabeis serles necesario ». Despues de esto, les hizo señal para que se retirasen, y encorbando sus espaldas bajo el peso del santo cuerpo, depúsolo en el hoyo y lo cubrió de arena.

Habiendo asi tributado á San Pablo los últimos deberes de la Iglesia, volviése al monasterio, llevándose consigo la túnica de hojas de palma que se habia tejido el santo vieja. No dejó luego de contar á sus discipulos lo que habia visto ; y todos los años, en los solemnes dias de Pascua y de Pentecostés, tenia costumbre de revestirse esta preciosa túnica como un ornamento muy propio para mostrar su alegria y su devocion en tan grandes festividades.

San Jerónimo, que escribió esta vida, como lo hemos dicho ya, y que evidentemente la habia aprendido de la boca de los discipulos de San Antonio, la termina con las siguientes hermosas reflexiones : « Yo pregunto á los que « poseen tantos bienes cuyo número ni siquiera ellos mismos conocen ; que edifican palacios de marmol ; que « encierran en un solo collar de diamantes y perlas el precio de muchas heredades ; les pregunto, repito ¿ qué cosa « ha faltado á este viejo desnudo de todo ? Vosotros bebeis en copas cubiertas de piedras preciosas, y él, con el

« hueco de la mano, satisfacía á esta necesidad. Vosotros
« os adornais con ropas tejidas de oro y él andaba más mal
« vestido que el más infimo de vuestros esclavos. Pero el cielo
« se abrió á este pobre y vuestra magnificencia no os impedirá
« de ser precipitados á los infiernos. Desnudo como estaba,
« él ha conservado la blanca vestidura de su bautismo, y voso-
« tros, con vuestros soberbios vestidos, la habeis perdido.
« Pablo resucitará glorioso, aunque al presente esté cu-
« bierto de un polvo vil, y los sepulcros, tan ricamente
« adornados, que encierran vuestras cenizas, no os libra-
« rán del fuego eterno. Tened piedad de vosotros mismos.
« Ahorrad al menos esos bienes que tanto amais. ¿ Por-
« qué sepultar los cadáveres en oro y seda y porqué con-
« servar la vanidad en medio de los suspiros y de las lágri-
« mas? Los cuerpos de los ricos ¿ no sabrian tambien pu-
« drirse sin esas preciosas telas?

« Quienquiera que seas, tu que esto lees, acuérdate, te
« ruego, del pecador Jerónimo, el cual, si Dios le diese á
« escoger, preferiria más la pobre túnica de Pablo, con sus
« méritos, que la púrpura de los reyes con todo su po-
« der».

SAN ANTONIO,

PRIMER PADRE DE LOS SOLITARIOS DE EGIPTO.

Como San Pablo, San Antonio tuvo por historiador, y como hoy se diria por biógrafo, á uno de los padres de la Iglesia, San Atanasio patriarca de Alejandria. Atanasio, á quien hasta los enemigos mismos de nuestra fe quieren por cierto colocar entre los grandes hombres, habia visitado fre-

cuentemente á San Antonio en el desierto. Él lo recuerda en la siguiente carta, dirigida á los solitarios de las provincias alejadas para las cuales principalmente habia escrito la vida del santo :

« Es un muy ventajoso combate el en que os habeis metido de igualar vuestra virtud á la de los solitarios de Egipto y aun de procurar sobrepujarles por una generosa emulacion. Hay ya entre vosotros muchas casas de solitarios en donde la disciplina religiosa es muy bien observada. Todo el mundo alabará con razon vuestro designio y Dios concederá sin duda á vuestras oraciones el feliz cumplimiento de vuestros deseos. Por esto, viendo que me pedis con instancia que os haga una relacion de la manera de vivir del bienaventurado Antonio y que deseais conocer de qué modo empezó á seguir una profesion tan santa ; quién era él antes, cuál fué el fin de su vida y si las cosas que de él se publican son verdaderas, á fin de poder entrar todavia en una mayor perfeccion por su imitacion y su ejemplo, he emprendido con sumo gusto lo que me ordena vuestra caridad, porque yo, por mi parte, no sabria ponerme ante los ojos las santas acciones de Antonio sin sacar de ellas un gran provecho ; y estoy seguro que oíreis con tanta admiracion lo que os diré, que esto hará nacer en vosotros un ardiente deseo de seguir los pasos de este gran siervo de Dios, puesto que para solitarios, el saber cuál ha sido la vida de Antonio es conocer el verdadero camino de la perfeccion.

« No temais, pues, el dar crédito á lo que de él se os ha dicho y creed más bien que ello no es sino una pequeñísima parte de sus excelentes virtudes. Porque ¿ cómo hubiera sido posible informaros de todo enteramente, cuando todo lo que yo os escribiré de él en esta carta, despues de haber registrado minuciosamente mi memoria para satisfacer á vuestro deseo, de ningun modo iguala á sus acciones? Y